

**LORETTA
NAPOLEONI**

**DEMOCRACIA
EN VENTA**

**CÓMO LA CRISIS ECONÓMICA
HA DERROTADO LA POLÍTICA**



De la autora de *Economía canalla*

Índice

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Nota de la autora

Prólogo. La deuda perpetua

Primera parte. La Europa caníbal

1. El suicidio de la economía de mercado
2. La Unión Europea se devora a sí misma
3. Fin de trayecto del capitalismo occidental

Segunda parte. La triste historia de la deuda pública

4. Deudodependencia
5. El Caporetto financiero

Tercera parte. Adiós soberanía nacional

6. Democracia en venta
7. El gobierno de las siglas
8. De deuda sana a deuda enferma

Cuarta parte. ¿Cuánto nos cuesta el euro?

9. El Gran Hermano monetario
10. El eurrretrato de Dorian Gray
11. El mito de la unidad de Italia

Conclusiones. La profecía de Keynes

Epílogo. El nuevo paradigma

Glosario

Referéndum

En la Red

Notas

Créditos

*A mi madre, a mi tía y a la memoria de las abuelas,
las mujeres que me hicieron crecer*

AGRADECIMIENTOS

Escribir este manifiesto ha sido un poco como retroceder en el tiempo, a la época de la militancia política en grupos que soñaban un futuro mejor. Eran los años setenta, años difíciles; tampoco 2012 ha sido clemente, ha sido un año muy duro para nuestro país. De nuevo, las primeras víctimas son los jóvenes a quienes esta crisis ha arrebatado la esperanza, y los viejos, que tienen en perspectiva una vejez de pobreza.

Este manifiesto trata de dar una respuesta, elaborada por un grupo de personas, a muchas preguntas que todos nos planteamos sobre las dificultades que atraviesa Italia. Los que han participado lo han hecho en primer lugar con un espíritu de compromiso civil para ofrecer a los lectores-ciudadanos una posible clave de interpretación de lo que sucede en Italia y en Europa.

Aparte de los cuatro mosqueteros que he tenido a mi lado durante la redacción del libro, es decir, Francesca Fogli, Paolo Musumeci, Pierluigi Paoletti y Chiara Ricci, la obra es igualmente fruto del trabajo de muchos jóvenes: Bjorn Axelsson, Matteo Ballero, Debora Coldwell, Michelle Napoleoni, Natalie Nicora, Matteo Picconeri, Dario Tamburrano, y también de asociaciones como la red nacional del Arcipelago SCEC y el grupo Communitas de Catania. Vaya un agradecimiento particular al municipio de Parma y a Peppe Carpentieri, sobre todo, que me presentó a Paoletti; me hizo conocer la provincia de Crotona y a Ettore Affari, que me llevó a Crotona y me presentó a Paolo Musumeci. Gracias también al Movimento 5Stelle de Roma por los debates veraniegos en la costa de Scario.

Pero es imposible mencionar a todos los que han contribuido, incluidos los que lo han hecho a través de Twitter y Facebook. A todos quienes han querido participar en esta hermosa experiencia vaya mi más profundo agradecimiento.

Por la promoción, doy las gracias, como siempre, a Federico Bastiani, mi ayudante-ángel custodio; al equipo que ha trabajado en la red dirigido por Nicola Petruzzi y Cristian Trappolini; a Carlota Lovat de las librerías Lovat, con quien he discutido la presentación de las fichas del referéndum; a los innumerables grupos diseminados por toda Italia que organizaron presentaciones y actos para debatir las propuestas que formulamos.

En estos tiempos oscuros en que la polémica se nutre de rabia, la política se ha convertido en una carrera a la rebatiña y muchos solo piensan en el éxito personal y en hacerse con la poltrona, esta excepcional experiencia social no solo me ha enriquecido profundamente, sino que me ha hecho recordar que aún existe otro mundo, mejor y más democrático, para participar en la cosa pública: la militancia civil. Esta conciencia renovada es un don por el cual quedaré eternamente agradecida a todo el grupo.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es el resultado del trabajo de un grupo de personas dispuestas a colaborar entre sí para entender qué está sucediendo en Italia y en el resto de Europa, con el propósito de formular propuestas concretas para salir de la crisis y generar bienestar. Son ciudadanos corrientes de diversas edades y que trabajan en distintos ámbitos: Francesca Fogli, Paolo Musumeci, Pierluigi Paoletti y Chiara Ricci.

No nos mueve un interés político; todo lo contrario. Este esfuerzo común debe interpretarse exclusivamente como un compromiso civil.

Nuestro análisis y nuestras propuestas las ponemos a disposición de quien las quiera utilizar puesto que son el resultado de un análisis científico y no político.

Democracia en venta es un manifiesto cuyo propósito es explicar a los lectores los orígenes de una realidad que parece incomprensible a veces y en la que hace ya casi cuatro años que se encuentran inmersos. Al final del texto presentamos tres fichas de referéndum como una posibilidad más para que los ciudadanos hagan oír su voz; pueden remitirlas a <www.democraziavendesi.com>, donde también pueden manifestar sus opiniones y dialogar a propósito de temas acuciantes como la democracia, la recesión y la austeridad. Tal como era costumbre hace tiempo, sin insultarse y sin dar un espectáculo, sino civilizadamente, entre ciudadanos.

Nos merecemos un futuro más feliz y más justo, y esperamos que este libro pueda contribuir a conseguir un mayor compromiso para construirlo entre todos.

PRÓLOGO

LA DEUDA PERPETUA

En los años setenta, el antropólogo francés Jean-Claude Galey hizo un descubrimiento impresionante: en el Himalaya oriental se encontró con una modalidad de feudalismo centrado en la deuda perpetua en el que el cuerpo de la mujer era prenda y pago.¹

Esta región —entre China, la India y el Tíbet— es desde siempre objeto de rivalidad entre sus diversas poblaciones. La lucha por el poder se ha desarrollado a la sombra de una actividad comercial muy rentable gracias a la cual ha surgido una casta de ricas familias usureras que hace siglos que utilizan el dinero prestado como instrumento de control del territorio y para oprimir a la población.

Los llamados «vencidos», la casta más pobre del campesinado, son literalmente esclavos de la deuda. Estos modernos siervos orientales de la gleba viven desde hace siglos en una situación de endeudamiento perpetuo que se transmite de padres a hijos, ya que ningún antepasado ha podido pagar la deuda. Sin tierra ni posibilidad de vender su fuerza de trabajo en un libre mercado, los vencidos sobreviven contrayendo cada vez más deudas con el señor-usurero de turno. A cambio de su trabajo, reciben lo necesario para comer, vestirse y guarecerse de la intemperie.

Dado que el endeudamiento perpetuo está ligado a la naturaleza del préstamo, es decir a la usura que impide que puedan liquidarlo con el tiempo, la lógica económica de esta esclavitud la genera la ausencia de ahorro, no solo como categoría financiera, sino como actividad existencial.

Los vencidos han metabolizado durante siglos la deuda hasta el extremo de casi aceptarla como un factor biológico de su existencia. Por ello, seguir pidiendo préstamos es algo natural, semejante al nacimiento y a la muerte, como son naturales la usura y la realidad perpetua del endeudamiento. Y, dado que la economía local gira desde tiempos inmemoriales en torno a estos principios, nadie ha imaginado jamás un mundo distinto.

¿A qué se debe esa constante necesidad de contraer nuevas deudas? ¿Qué pueden necesitar los vencidos en las condiciones de abyecta miseria en que viven? Sus gastos extraordinarios quedan reducidos a dos tipos: matrimonios y entierros. ¿Cómo devolver la dote y los intereses cuando no se posee nada? Con una mercancía de cambio tan antigua como el mundo: el usufructo del cuerpo de las jóvenes campesinas.

Primero las esposas se entregan en prenda y después sirven para «desendeudarse» mediante prestaciones sexuales. Después de la primera noche de bodas se convierten en concubinas del señor-usurero y cuando este se cansa de aprovecharlas personalmente las envía a prostituirse a algún campamento de leñadores donde permanecen uno o dos años. Únicamente cuando han ganado lo suficiente para devolver la dote se permite a estas desgraciadas el regreso a la casa del marido para iniciar su vida como esposas.

Estas prácticas bárbaras son aceptadas por toda la sociedad, incluida la casta de los vencidos. Para nuestra manera de pensar, son insensatas e inhumanas, aparte de lo fácil que sería abolirlas. Bastaría con no exigir una dote a las futuras esposas, lo cual les evitaría ese trauma tan degradante. Pero esta solución tan evidente no se le ocurre a nadie. Las familias de los esposos exigen la dote aun sabiendo cómo tiene que pagarse. ¿Cómo es posible? Muy sencillo: en las montañas de Himalaya la deuda perpetua ha reconfigurado el mapa existencial, incluyendo la moral

por la que transita el individuo desde la cuna a la sepultura. La alteración del código de conducta de la sociedad es tan honda que quiebra vínculos tan fuertes y duraderos como los de sangre entre padres e hijos. Y ello a expensas, naturalmente, de las mujeres y los niños, débiles y al mismo tiempo deseables; perfectos para ser reducidos a mercancía con la que comerciar.

¿Cómo ha podido consolidarse este sistema hasta llegar a convertirse en el único viable? Ha sido posible porque los señores-usureros controlan el poder económico, el político y son al mismo tiempo los depositarios del código moral; sus familias pueden influir sobre las condiciones de vida de los demás, y lo hacen en función de sus intereses y no de conceptos abstractos y humanitarios.

Esta colusión de principios morales y económicos ha transformado la usura en una práctica aceptable, y la deuda en una obligación moral. Mientras que para nosotros, occidentales, la idea de que el cuerpo de las mujeres se utilice para reintegrar el dinero de una deuda, aunque solo fuese a cuenta de una sola noche, resulta espantosa, para las familias de los vencidos hacer que se prostituyan sus hijas o vender los niños para devolver la dote o un préstamo es una cuestión de honor. Como hemos dicho, los descubrimientos de Galey se remontan a los años setenta del siglo pasado, pero es la usura la que desde la noche de los tiempos justifica semejantes costumbres inhumanas.

En la antigua Babilonia, ya en 2500 a. C., cuando el endeudamiento comenzó a difundirse, las mujeres caídas en desgracia por insolvencia del padre, del marido o de sus hermanos pasaban a formar parte de la casta de las prostitutas y, además, por una ley que les prohibía llevar velo, se diferenciaban claramente de las mujeres libres, más afortunadas, y no se les tenía ningún respeto.

Hace miles de años que la humanidad lleva a sus espaldas esta carga moral, y quien ha tenido el valor de liberarse siempre ha sido condenado a la picota o al ostracis-

mo. Hoy también, a quien denuncia la deuda como inicua y suplanta la cómoda ecuación moral de «pago del préstamo = honor» por la más polémica de «usura = deshonor» se le mira mal (es una cuestión complicada, dado que la distinción entre interés y usura varía mucho según las épocas y la situación política).

Desde la Rusia bolchevique, pasando por la Argentina de 2001, hasta Ecuador, todos los países que han optado por la opción de la quiebra han invocado la teoría de la llamada «deuda odiosa o ilegítima», expresión que cuestiona una obligación financiera injusta; la contraída, por ejemplo, por los Gobiernos no a favor de la población, sino por intereses de casta privilegiada. Pero muy pocos aceptan esta postura, y para la mayoría el concepto de préstamo continúa ligado al honor.

Pues bien, hoy en día hay ciertos países europeos que son como el cuerpo de las mujeres y los niños del Himalaya o de la antigua Mesopotamia, una prenda en manos del mercado financiero que puede hacer con ellos lo que quiera a causa de una deuda contraída por los *paterfamilias*, quienes adoptan las decisiones, es decir, sus propios Gobiernos. Esta mercantilización la acepta quien es víctima atendiendo a principios no económicos sino morales. Como en la antigua Babilonia, la falta de pago convierte a quienes optan por ella en países paria indignos de todo respeto, igual que las mujeres sin velo.

La bancarrota es una deshonra, una mancha indeleble que sitúa a la población en la casta más baja. Por eso, hoy, la Europa del norte mira con desprecio a Grecia que ha logrado gracias a la PSI, la Private Sector Initiative, una quita del 75 % de la deuda contraída con el sector privado, lo que, de hecho, equivale a una bancarrota. Por eso, en el lenguaje de la Troika, de los burócratas de Bruselas y de los políticos del norte se aprecia un desprecio casi de índole moral hacia esa nación que no ha cumplido con los compromisos financieros contraídos. Y por eso, también los ita-

lianos debemos aceptar con la cabeza gacha y en silencio la humillación de una deuda —contraída por una clase política inepta y por intereses de casta— y la carga de austeridad económica que nos impone Europa.

Tal vez la imagen más ilustrativa sea la del ex primer ministro griego Papandreou abandonando como un mendigo bajo una fuerte lluvia en 2011 en la reunión del G20 en Cannes, y detrás de él los dos gigantes europeos: Merkel y Sarkozy. No son ellos los señores con quienes se ha endeudado Grecia, sino los bancos de los países que respectivamente gobiernan y de los que defienden los intereses. Bastaría este hecho para ilustrar el conflicto de intereses que se produce en el centro de Eurolandia: paradójicamente, quien debería defender la unión monetaria protege al mismo tiempo a los acreedores que la acosan. Igual que los señores-usureros de las aldeas del Himalaya, son los brahmanes que dictan el código moral de la sociedad.

Son, efectivamente, Merkel y Sarkozy a quienes en enero de 2010 Papandreou ofreció como prenda a la población griega a cambio de las líneas de crédito necesarias para evitar la bancarrota total; y son ellos también quienes impusieron a ese país una política de austeridad humillante que no da por ahora resultados positivos. La humillación sirve para calmar los ánimos del electorado alemán y de los países del norte, haciéndoles creer que la raíz del problema es la gandulería de los griegos y no una deuda odiosa fraguada por sus bancos y los políticos de la periferia. Sirve igualmente para perpetuar esa identificación de honor con préstamo.

¿Qué diferencia existe entre la cultura bárbara de la deuda perpetua en el Himalaya y la crisis de la deuda soberana?

Ninguna.

En las aldeas del techo del mundo hacer prostituirse a las hijas para pagar los préstamos contraídos por padres y abuelos es algo que forma parte de la defensa del honor

de la familia. En la Europa unida, votar a un Gobierno que recibe órdenes de la Troika, dejar de ser una nación libre, forma parte de la defensa del honor de un país. Es lo que les ocurrió a los griegos en 2012. Y quienes denuncian que se trata de usura porque Estados como España e Italia se endeudan para pagar los intereses de la deuda, y con ello generan otras deudas, se ven obligados a callar. Y, sin embargo, el anatocismo, término que designa el cálculo de los intereses sobre los intereses o capitalización de intereses, lo prohíben muchas religiones y constituciones. Pero, como analizaremos a lo largo de este manifiesto, hoy en día solo tienen voz los países sin deudas.

El anatocismo unido a las políticas de austeridad genera un empobrecimiento de la población que solo acrecienta la imposibilidad de resolver el problema; de hecho, en Italia, en 2012, ha aumentado la relación deuda-PIB. Vivimos en la misma situación que los vencidos del Himalaya: sin la posibilidad de romper las cadenas de la deuda de una generación a otra, y afligidos por la desaparición del ahorro y por una pobreza perpetua. Y lo más horrible es que todo eso se está convirtiendo en lo normal, hasta el extremo de que la reducción del *spread* (véase el glosario) se celebra como una hazaña económica, cuando el objetivo debería ser no tener que guiarnos por ese indicador. Veremos más adelante cómo, desde la caída del muro de Berlín, la idea de que un Estado deba mantenerse en pie mediante un sistema ininterrumpido de préstamos siempre se ha abierto camino y que el coste del endeudamiento ha figurado en primera línea de la hueste de indicadores económicos.

Hoy, la moneda de cambio con la que rescatamos nuestro presunto honor es el futuro para los más débiles: los jóvenes, a quienes hipotecamos los años venideros condenándolos a la prostitución y a la precariedad; y los viejos, que prefieren el suicidio antes que humillarse pidiendo limosna. Esto sí que es un precio que no podemos permitirnos pagar. El malestar de Europa no es solo económico;

hay una estrechez psicológica derivada de la progresiva pérdida de libertad, de la restricción de horizontes futuros y del aumento de la violencia: un precio altísimo que se refleja en ese auge de la derecha nazi, de las huelgas generales en Grecia y de las multitudinarias asambleas en algunas plazas de España, y también en los escándalos políticos y, en Italia, en el regreso al *gambizzazioni* (o disparos a las piernas de una víctima para intimidarla).

¿Cómo hemos llegado a tal extremo?

La respuesta está en el golpe de timón de un capitalismo que a principios de los años ochenta, ante los cambios adversos de la situación mundial, ha utilizado la Unión Europea para seguir creciendo de la única manera que se sabe: con la violencia y la colonización, pero esta vez en nuestra propia casa. Un proceso que nuestros políticos han ocultado con una oferta ilimitada de créditos baratos que llegaba de los bancos del norte. Al término de la gran comilona, estos nos presentaron una cuenta que incluye muchas partidas, entre ellas el empobrecimiento de las economías de las modernas colonias, es decir, la periferia: una reserva de mano de obra barata con sectores enteros de productividad que se pueden comprar a precio de saldo.

Además, este mismo proceso, en función de la crisis de la deuda soberana, corroe pieza por pieza la soberanía nacional y la democracia. ¿Por qué Italia no echa mano de sus reservas de oro, las segundas de Europa, como garantía de su deuda o como medio para reducirla? En los dos últimos años el oro ha alcanzado un valor astronómico, lo que multiplica exponencialmente el valor de las reservas. Pero las nuestras ya no nos pertenecen, pertenecen al Banco Central Europeo, que tiene derecho de veto sobre su utilización. ¿Por qué hay que pagar el IMU* aun cuando este impuesto reduce la tendencia al consumo? Porque lo ha impuesto Bruselas.

Llegamos ahora a la pregunta clave: ¿sirve de algo votar en estas condiciones? ¿O conviene tal vez recuperar nuestra democracia ejerciendo la soberanía popular de una manera innovadora, de todas las maneras posibles, incluso en la Red, exigiendo que nuestro voto cuente realmente algo?

Existen otras alternativas, y las expondremos en estas páginas. Hay un futuro que nos pertenece y lo visitaremos en los capítulos siguientes. Pero antes es importante tomar conciencia de cuanto ha sucedido hasta la fecha.

PRIMERA PARTE